



Juan de Aria

Una novela de

Alberto
Blest Gana

© CORPORACIÓN
DEL DEPORTE E
INCLUSIÓN SOCIAL,
DE LA ILUSTRE
MUNICIPALIDAD DE
CERRO NAVIA

© CERRO EDICIONES

Primera edición

Versión digital

Octubre de 2022

Cerro Navia, Santiago, Chile

La obra narrativa de Alberto Blest
Gana es parte del patrimonio
público no solo de nuestro país, sino
que también de la humanidad. Por
ello, cualquier editor o editorial
puede publicar la obra de este autor.
La editorial solo posee derechos de
autor por el diseño editorial del libro.

Edición actualizada
ortotipográficamente.

Edición y diseño editorial a cargo de
Eduardo Farías Ascencio.

Alberto **Juan**
Blest **de**
Gana **Aria**



Colección
RESCATE

Índice

5	I
11	II
17	III
21	IV
26	V
30	VI
39	VII
43	VIII
44	IX
48	X
52	XI
58	Breve bibliografía de Alberto Blest Gana
59	Colofón

I

Juan de Aria, bachiller en leyes y aspirante al título de licenciado, se paseaba un día alegremente por las hermosas calles de la ciudad de.... El nombre poco importa para el interés de la historia que vamos a referir.

Juan se hallaba en la primavera de la vida; es decir, que sus ilusiones en flor no habían sido aún tostadas por el sol quemante de los treinta años. Su fisonomía respiraba vigor y juventud, sus ojos tenían el fuego de su edad y sus labios parecían convidar al amor, así como hay tantos otros que parecen saborear el gusto de un buen guisado. En suma, Juan de Aria, sin ser lo que llamamos un buen mozo, era un joven con bastantes atractivos para infundir amor a cualquier corazón femenino.

En aquel momento sus ideas vagaban alegres en el florido campo de las quimeras: seguían al amor, como los niños a las mariposas, y muchas de las mujeres que, al pasar, recibían sus miradas, exclamaban en su interior: ese joven no puede dejar de ser apasionado.

Para mí, esta expresión es un horrendo pleonasma. ¿En qué tiempo la pasión no ha sido el primer atributo de la juventud? Si hay mozos sobre los cuales los fríos vientos del desengaño han arrojado una capa de prematura indiferencia, removed las cenizas, haced que en ese aparente desierto resuene la voz de una mujer querida y encontraréis el fuego,

vívido y ardiente como si acabara de prender, y oiréis el eco alegre repetir con pasión el acento femenino.

Juan fluctuaba entonces en ese estado particular de un espíritu joven, en que se aspira a todas horas por un bien indefinido y lleno de prestigios; en que el alma repite como un eco las voces de la tierra, prestándole la armonía de su ilusión; en que todas las mujeres son bellas con tal que sepan mirar con languidez: en una palabra, el buen joven no había amado aún a la edad en que muchos se creen con el corazón insensible y dan por concluida su misión, hasta que a alguna hija de Eva se le antoje afinar la cuerdas de ese laúd destemplado que llaman hombre indiferente.

El joven caminaba parándose para mirar a cada mujer que despertaba su interés, siendo así que no hay cosa más fácil de despertar que el interés de un mozo de veinticinco años. Encontraba que en el andar de algunas hay mil fascinaciones dominantes que hacen estremecerse el corazón a impulsos de inesperadas sensaciones.

Como debe presumirse, en tan grato pasatiempo, Juan no podía caminar muy de prisa. ¡El mundo es tan bello y tan variado cuando se mira con los ojos de la juventud!

Inútil parece decir que muchas de las mujeres que a su lado pasaban, vulgares en su mayor parte, no sospechaban por un momento que al llegar a la altura del joven eran hechiceras divinidades.

Hubo un instante en que Juan alzó la vista, como pidiendo al cielo la realización de tantas esperanzas, nacidas tumultuosas en su alma por accidentes tan ordinarios de

la vida como el de encontrar una o muchas mujeres en una calle.

Y parece que el cielo no desoyó su ruego, pues Juan se detuvo de súbito, abrió los ojos como un hombre que teme perder algo de lo que quiere ver si lo deja en su estado ordinario, y toda su fisonomía se cubrió de un aspecto plácido y risueño, que seguramente habría hecho llorar de placer a su madre.

¡Pero Juan no tenía madre y su recuerdo era una de sus más dulces ocupaciones!

Componíase su familia de un padre anciano y dos hermanas jóvenes, establecidos en una provincia distante, en donde hacían votos fervientes por la prosperidad del hermano, la única esperanza de la casa.

Las miradas del joven se habían detenido en un balcón, en donde una niña de diecisiete a dieciocho años, de negros ojos y más negros cabellos, parecía entretenida en observar a los transeúntes.

Naturalmente, aquel joven que sin moverse la contemplaba, llamó su atención al cabo de algunos instantes. Agregando cincuenta años a cada uno de nuestros dos personajes, aquella circunstancia habría pasado probablemente inapercibida para ambos. —¡Los años acortan tanto la vista!— Mas Juan y la desconocida eran tan jóvenes, y luego un diálogo mudo se estableció entre ellos, mientras sus miradas se habían encontrado con curiosidad.

—¿Por qué se habrá parado a mirarme ese joven? Se preguntó ella, respondiéndose al mismo tiempo, que segura-

mente le habría parecido bien; lo que para principiar empeñaba naturalmente su gratitud.

—Ah, si yo estuviese en el balcón al lado de ella, se decía Juan, cargándose sobre la pierna derecha para mudar de actitud. Y a medida que notaba la belleza de la niña, la altura del malhadado balcón le parecía tomar dimensiones inconmensurables.

—Ese joven tiene ciertamente unos ojos muy decidores, continuaba pensando la desconocida, ¿quién será?

Cuando las reflexiones de una mujer llegan a la curiosidad, puede asegurarse que ocuparán su espíritu hasta que esta se satisfaga.

—Por vida de Dios, esta criatura es encantadora, proseguía Juan, llevando el peso de su cuerpo sobre la pierna izquierda. Por cierto que esos rosados labios... y el joven se acariciaba el bigote con toda la satisfacción de un conecedor consumado. —Ah, yo daría diez años de mi vida por inspirarla una pasión loca.

Nada más barato que la vida de los jóvenes cuando tratan de obtener el amor: ellos arrojan sus años a los pies de una mujer con un entusiasmo sublime. ¿Sin amor para qué sirve la vida? Se dicen al mirar unos lindos ojos. Más tarde hallamos que la existencia tiene mil aplicaciones venturosas y en las que para nada figura el amor. Los años, entre sus sabias lecciones, nos enseñan el egoísmo en sus aplicaciones infinitas.

Estos apartes tuvieron lugar en mucho menos tiempo que el que para referirlos hemos empleado. Los dos jóvenes se miraban, y comprendían que el mismo deseo agitaba sus

corazones. Hay jueces que adivinan el delito en el rostro del detenido, ¡qué mucho pues que un mozo y una niña, que se miran con interés, sospechen cada cual las impresiones que agitan el alma del otro.

De súbito, Juan creyó notar una repentina turbación en el bello rostro de su desconocida, y al mismo tiempo sintió que un codo vigoroso le daba un rudo golpe en el brazo, haciéndolo casi perder el equilibrio.

—Dispense, Ud., caballero, le dijo una voz, mientras él trataba de recobrar su centro de gravedad y de afianzarse el sombrero bamboleante sobre su cabeza.

Y Juan vio pasar de largo a un militar de atléticas formas, con insignias de Mayor, que apoyaba la izquierda en el puño de una larga espada con garbosa altanería. Al pasar, sus miradas se encontraron y el Mayor lo saludó con una sonrisa perdida en la espesura de su bigote. Juan sintió un frío extraño al recibir aquella sonrisa y parecióle que los ojos del militar tenían algo de sobrenatural que infundía miedo. Además, el Mayor tenía una manera de menear la cabeza que desesperaba por su amarga ironía.

Juan, sin darse cuenta de su fascinación, siguió con la vista al corpulento Mayor hasta que pareció renovar su saludo, meneando la cabeza, y desapareció torciendo en una esquina distante.

—Dios lo confunda con su infernal sonrisa, murmuró Juan, alzando la cabeza para tornar a su desconocida.

Mas la joven había desaparecido, el balcón estaba desierto y las mujeres que pasaban a su lado eran extraordinariamente feas.

Ciertas mujeres, como una luz demasiado viva, tienen el poder de nublar la vista para ver a las demás.

—Volvamos a la Novísima, se dijo Juan. Cierto que los bigotes del Mayor parecen un bosque de trébol. Esa niña debe llamarse María o algún nombre dulce por el estilo, su pelo debe ser muy suave, y luego esos labios.... Vamos ya se hace tarde y es preciso estudiar las leyes.

II

Juan volvió a su casa distraído. Esta sencilla aventura traía su espíritu preocupado y aun triste. La alegría es un ave inquieta y asustadiza que toma el vuelo a la menor sombra que aparece en el horizonte.

Abrió la Novísima con el gesto de un enfermo a quien presentan una cucharada de emético; leyó largo rato; volvió la hoja dos o tres veces sin comprender una palabra; miró una mosca que porfiaba por pasar a través de un vidrio de la ventana y tornó a leer tan infructuosamente como al principio. La niña le enviaba desde el balcón sus lánguidas miradas y el Mayor lo perseguía a codazos por toda la extensión de la calle, meneando la cabeza cada vez que se paraban a cobrar aliento.

Juan cerró la Novísima sonriéndose y sintió en la imaginación unos accesos de lirismo llenos de pasión. Tomó la pluma y escribió:

Vuelve a mirar, niña de mis sueños,
Y oye la voz de mi pasión ardiente,
Torna tus ojos hacia mí risueños,
Calma el ardor de mi abrasada frente.
Si el dulce amar cuando la vida empieza,
Si hay algo de divino en la existencia,
Deja que te ame y

El Mayor aparecía en lontananza, murmurando el conso-
nante bajo su abultado bigote.

—Mañana trataré de hacer conocimiento con los criados de la casa, se decía Juan, quitándose la corbata para acostarse, y con dinero... aquí está todavía la cuenta de este maldito sastre: una levita... 25 pesos. Estos sastres se figuran que uno tiene plata para todo. Estoy seguro que el Mayor tiene cuentas atrasadas de muchos años.

Si hay algo de divino en la existencia

Deja que te ame...

Juan durmió esa noche sin soñar con nada.

Al día siguiente se vistió con todo el esmero que le permitía su no muy poblado guardarropa y salió a la calle sin hacer alto en las personas que encontraba: su vida tenía ya un fin, un objeto principal y casi único. ¡El destino de un hombre depende de tan leves circunstancias! Y como ha observado algún filósofo, apenas se comprenden los efectos cuando se considera la pequeñez ordinaria de las causas.

Juan llegó a la calle de su desconocida con el corazón palpitante de esperanzas; acortó el paso por retardar la realidad y trató de aparentar el aire más indiferente del mundo.

Creyó notar (el deseo es tan engañoso) que la niña lo había saludado con una ligera sonrisa de reconocimiento, a la que él contestó con la mayor gracia posible. Las mejillas de la desconocida se cubrieron de encarnado y sus ojos parecieron brillantes, como esas estrellas que se agitan en perpetuo movimiento.

Para no aumentar su turbación, Juan tuvo la generosidad de bajar la vista y mirar en varias direcciones para ver si

nadie los observaba. Al alzarla de nuevo, la niña había desaparecido y en su lugar vio al espantoso Mayor que, meneando la cabeza, se paseaba a lo largo del balcón, al lado de un hombre de cincuenta años en apariencia, de benévolo semblante, bien que contraído al parecer por poderosas preocupaciones.

Juan se quedó como si le hubiesen dejado caer un balde de agua helada sobre la cabeza, su respiración se turbó, un involuntario temblor agitó sus miembros y apenas tuvo la suficiente energía para sustraerse a las miradas del Mayor, que en aquel momento daba vuelta hacia el lugar donde él se hallaba.

—Bien dice que hay presentimientos que se realizan, se dijo el pobre mozo ocultándose; no en vano este malhadado militar se me había clavado en la imaginación con tanta tenacidad.

Y en aquel instante, Juan creía en la veracidad de los presentimientos con toda la fe supersticiosa de un jugador.

—¿Y por qué he de ocultarme? Dijo después animado de repentina indignación. —El Mayor es un hombre como cualquier otro, y si no le gustan mis atenciones por esa niña, no seré yo quien me oculte para que deje de decírmelo.

Con esta resolución volvió el joven a mostrarse; mas el Mayor había dejado el balcón y aparecía en la calle al mismo tiempo que Juan se avergonzaba de haberse ocultado. Hízole el Mayor al pasar un saludo lleno de cortesía con un sardónico movimiento de cabeza y esa sonrisa de traidor de melodrama que la primera vez lo había hecho estremecerse involuntariamente y que entonces, como antes, le causaba una extraña y desagradable impresión.

—Singular individuo, exclamó Juan en sus adentros. ¿Qué tenemos ambos de común? Nada por cierto, y sin embargo su vista me entristece como el anuncio de venideras desgracias. Hay en sus ojos algo de fatídico que me recuerda los monstruos que poblaban los sueños de mi niñez y cuando menos, parece la grotesca figura de Satanás escapada de alguna vieja pintura de convento.

Y seguía con la vista al atlético militar que se alejaba, volviendo de vez en cuando la cabeza para hacerle un ligero y burlesco saludo.

—Vamos Juan, se dijo el mozo, si no eres cobarde debes pedir cuenta a ese hombre de insultante cortesía.

Y al decir esto se dirigió con paso acelerado hacia el Mayor, que volvía la misma esquina del día precedente. Pero sus pies se fijaron al suelo y sus ideas cambiaron con violencia de rumbo, volviéndose alegres y apasionadas.

Había visto que su joven desconocida salía de la casa en traje de iglesia y acompañada por una mujer de edad, que llevaba un libro de horas. Aquel incidente tenía para él sobrada importancia, y más que suficiente poder para hacerlo abandonar sus hostiles proyectos contra el Mayor, que parecía destinado a ser su negra pesadilla.

Juan sintió el placer de un hombre que sueña con un palacio de hadas, las que le van mostrando crecientes y maravillosos primores, o de una novia que recorre uno a uno los regalos de la boda, dispuestos de manera a ir aumentando la sorpresa y el embeleso; pues la desconocida se le mostraba entonces en toda su majestad, andando con una gracia indecible, y ostentando a sus admirados ojos las bellezas de

un talle de dieciocho años, los contornos suaves y amorosos de un seno de virgen. Cada paso de la niña era para él una nueva y deliciosa sorpresa, que, a medida que se acercaba, le prometía descubrir todas las perfecciones que el día anterior se habían escapado a su vista.

Por fin llegó un instante en que el vestido de la niña rozó suavemente su cuerpo, en que casi oyó su respiración, en que pudo extasiarse en la tersa finura de sus rosadas mejillas, en la deliciosa humedad de sus labios encarnados, y Juan bajó los ojos, ruborizándose con el rubor de ella y estremeciéndose como un azogado, cuando sintió el suave contacto de su vestido. Toda emoción grande es como un golpe eléctrico que paraliza instantáneamente las facultades. Así fue que Juan no vio en aquel momento sino una sombra confusa deslizarse ante su vista, y sintió su sangre venir en oleadas quemantes a agolparse en su pecho.

A un paso de ella Juan se dijo con desesperación:

—Me va a creer un tonto rematado, y a fe que no soy otra cosa, cuando en vez de mirarla como me lo prometía y de decirla con los ojos el inmenso amor que me inspira, no hago sino bajar la vista como una colegiala que va a recibir su premio de buena conducta. Decididamente soy un animal solemne.

Tras esa reflexión echó a andar en seguimiento de la niña, arreglando su paso a conservar cierta distancia que le dejase libre retirada en caso de necesidad.

—La cara de la vieja no tiene nada de agrio, se decía mientras andaba, y bien pudiera intentar un ataque de ese lado; mas no precipitemos las cosas, porque una impru-

dencia podría perderme, mientras que con paciencia, como dicen, se puede ganar el cielo y con mayor razón uno de sus ángeles.

Para un hombre enamorado todo incidente que dice relación con su querida es una peripecia de palpitante interés. Por eso es que el amor, la más exclusiva de las pasiones, es también la que menos atractivos tiene para los que lo contemplan indiferentes. Un hombre dominado por cualquiera otra pasión despierta un interés de algún género: un enamorado suele dar lástima, a veces risa, a veces...

Pero Juan se curaba de pensar así tanto como de averiguar si la luna tiene o no pobladores. Vio a su desconocida entrar a una iglesia, y dirigirle una mirada al tiempo de volverse con mucha naturalidad para tomar el libro de manos de la vieja.

—¡Hola! Dijo Juan acariciándose el bigote con adorable fatuidad, parece que no le somos tan indiferentes. Daban las nueve, con fuertes campanadas en el reloj de la iglesia.

—La hora de la clase, se dijo el joven que hasta entonces había observado sus deberes con religiosa puntualidad; un día más o menos poco importa, y luego, esta es una ocasión de ver este interesante monumento de una arquitectura verdaderamente prodigiosa. No hay como el amor para elevar el alma a la altura de su misión. Las grandezas del mundo material se comprenden más bien cuando en el pecho se agitan grandes y nobles sentimientos. Dios me perdone, creo que tengo mis juntillas de filósofo... y Juan se quitó el sombrero al entrar por la puerta principal del templo, en donde el órgano hacia vibrar sus monótonos y prolongados sonidos.

III

Nuestro héroe era mozo sentimental, como lo son la mayor parte de los jóvenes en quienes el amor hace resonar por primera vez las cuerdas, hasta entonces dormidas, del sentimiento. Al atravesar las espaciosas naves del templo, Juan sintió un recogimiento religioso que agitaba su pecho con mil agitadas sensaciones. Las notas del órgano le hablaron vagamente de las inefables venturas del cielo y de los inocentes placeres de la infancia, este diáfano recuerdo de todos, bien común, que pierde en nuestra memoria su esencia terrenal para revertirse de un prestigioso encanto, a medida que los años van arrojando sobre nuestro ánimo su capa de cuidados y mal humor. Por un momento comprendió el ascetismo en sus más exageradas proporciones, se hizo penitente recoleto, se recostó sobre la fría losa de su sepulcro, envuelto en un tosco sudario y trató de forzar a su lengua rebelde a repetir las olvidadas oraciones que aprendiera en el hogar doméstico.

—Señor, tengo Ud. cuidado al andar, Ud. me ha pisado un pie, le dijo una mujer junto a la cual el joven se había detenido en su religioso arrobamiento.

Estas palabras lo volvieron a su situación precisamente en el instante en que sus reflexiones iban también a cortar su vuelo para hacerlo pensar en el objeto de su entrada a la iglesia.

—Mucho me temo, se dijo Juan, que si hubiese entrado a esta iglesia antes de enamorarme, me habrían dado tentaciones de hacerme fraile. Decididamente valgo más que mi reputación: vaya por tantos que valen menos que la que el mundo les da.

Haciendo estas reflexiones Juan se había elegido un excelente punto de observación, desde el cual sus ojos y los de la desconocida habían entablado uno de sus diálogos deliciosos en que el alma emplea todo su poder para dar a la vista su más expresiva elocuencia.

Terminada la misa, el joven se colocó en la puerta de la iglesia, prometiéndose ser menos tímido que en su interior encuentro. Vio con impaciencia desfilas ante sus ojos la multitud de devotos que salían santiguándose con agua bendita y empezaba a temer que la niña hubiese salido por alguna otra puerta; cuando muy cerca de sí oyó una voz que decía «Paula, todos los días vendremos a esta misa.»

La voz que esto decía era de un timbre fresco y juvenil que llamó inmediatamente la atención del joven. Y Juan vio a su bella desconocida fijar en él sus ojos con resolución y responder sonriéndose a su saludo.

—No faltaremos a la cita, se dijo, viéndola alejarse, y estoy seguro que aquí no vendrá a saludarme el Mayor, quien tiene traza de no ser muy asiduo a estos lugares. Tal vez con los santos sus cuentas andan atrasadas como con los sastres.

Y Juan, cuyo corazón nadaba en la felicidad, volvió a su casa haciendo malignas suposiciones sobre el Mayor, a quien consideraba ya como un enemigo declarado.

Esta vez su ataque a la Novísima tuvo un éxito más deplorable que el del día anterior. Juan miró el libro sin atreverse a abrirlo y le volvió la espalda ahogando un suspiro.

—Vamos, el amor y el estudio de las leyes son incompatibles; tal vez por ser aquella una pasión enemiga de trabas y sujeciones, se dijo el joven volviendo a mirar libros.

También el lirismo del día anterior se había cambiado en furor epistolar. Juan miró su composición empezada, con su sonrisa, que si bien hacia mérito a su buen sentido, no honraba en manera alguna a su númen poético.

—No hay como mirar las cosas con sangre fría, se dijo tomando el papel sobre el cual había escrito los versos; si yo hubiese terminado ayer esta composición habría querido hacerla imprimir; mientras que ahora iré a hacer parte de mis rimas de juventud principiadas a los quince años y será la última flor de mi corona de niño que quedará inconclusa, como los antiguos templos góticos, por haberse extinguido la fe del autor.

Mas, como dijimos, el furor epistolar había remplazado en el joven al deseo de hacer versos amorosos.

«Señorita, escribió sobre una nueva hoja de papel, decir-la que yo la amo con pasión será confirmar a Ud. una cosa que le parecerá muy natural; mas, a saber que yo pido de rodillas una constatación a esta carta, será un acto calificado por Ud. de imperdonable osadía. Pues bien, yo imploro perdón en nombre de mi amor, en el que he cifrado la dicha de mi vida, disculpándome con la imposibilidad en que me encuentro de poder hablar con Ud. —Juan de Aria, bachiller en leyes.»

Al siguiente día, Juan armado de su epístola se dirigió a la iglesia evitando la casa de la joven en donde temía encontrarse con el Mayor. Después de asegurarse de la presencia de su desconocida, Juan se colocó en la puerta de la iglesia y esperó la conclusión de la misa.

En medio de un grupo de mujeres, que salían prodigándose empellones y codazos, divisó Juan a la niña que luchaba en vano por salir de aquella masa compacta de fraternales devotas. Juan se abrió paso sin ahorrar su fuerza ni sus codos, llegó hasta la niña que parecía próxima a desmayarse, y ofreciéndola el brazo volvió a abrirse camino, escudándola con su cuerpo, hasta ponerla fuera de aquel océano agitado. Al dejar brazo de la turbada joven, Juan deslizó temblando en su mano el billete que traía preparado, y sin esperar respuesta de ella desapareció entre la multitud que aún no se dispersaba en la puerta de la iglesia.

—En fin, mañana se decide mi destino, se dijo Juan al acostarse aquel día. Y ya es tiempo, a fe mía, porque desde ayer me siento una fiebre devoradora. Y mis estudios sufren de una manera lamentable. Si tuviera en mis manos esa carta, la llenaría de frases ardientes como mi amor; porque he cometido la torpeza de escribirla una carta muy tibia. Todo requiere práctica y yo me desquitaré en la segunda.

IV

Juan abandonó su lecho a la mañana siguiente cuando apenas los rayos del sol extendían su alegre luz sobre los tejados de la ciudad. Con el amor se había puesto excesivamente matinal, y en vez de entregarse a esa hora a los libros para recuperar el tiempo perdido, manifestaba tal complacencia en los detalles de su *toilette*, que, dándose la última mano, la hora de la misa se hallaba ya muy próxima a sonar.

—¡Viva el amor! Exclamó Juan arreglando su cabello castaño del modo que mejor creía convenirle; con él, el espíritu compra una nueva vida, el alma puesta en acción desarrolla sus facultades sorprendiéndonos con su inagotable riqueza...

—Señor, un caballero desea hablarle, dijo el portero de la casa interrumpiendo aquella disertación en forma de monólogo.

—¿Una persona, maestro José?, ¿a mí? Bah, se habrá equivocado Ud. no hay más que una persona a quien recibiría con gusto, maestro José; y esa, por mi mal, no puede venir a verme. Maestro, no estoy en casa, estoy invisible.

—Pero señor, el militar dice...

—Cómo, gritó Juan dando un salto de su silla, ¿el militar, dice Ud? Yo no conozco a ningún militar, maestro José, téngalo Ud. bien entendido, y además me voy ahora a misa y no soy hombre de faltar a la iglesia por todo un regimiento.

Al pronunciar estas últimas palabras, Juan vio abrirse la puerta de su habitación y aparecer en el umbral de ella al Mayor, a su terrible pesadilla.

José desapareció en silencio y el Mayor se adelantó gesticulando una sonrisa perdida, como siempre, bajo su espeso bigote.

Juan se apoyó vacilante a una mesa y miró al militar como un domador de fieras. Mas el Mayor no parecía hombre tan fácil de domar, pues fue el primero que rompió el silencio.

—¿Creo que es el señor Juan de Aria a quien tengo el honor de hablar?

—En efecto, caballero, contestó Juan alentándose con el eco de su propia voz, y espero que Ud. me imponga del objeto de esta visita.

—¿Puedo sentarme, no es verdad? Dijo el Mayor tomando una silla y saludando graciosamente al joven.

—Como no, dijo Juan mordiéndose los labios y permaneciendo de pie.

—Ud. me pregunta por el objeto de mi visita, prosiguió el Mayor después de un breve silencio, durante el cual fijaba con obstinación su vista sobre el joven; pues bien, caballero, voy a decírselo en dos palabras: me he tomado la libertad de venir a darle un consejo.

—¿A mí?

El Mayor se inclinó con su burlesco movimiento de cabeza.

—El paso me parece, a la verdad, muy extraño, replicó Juan.

—Caballero, dijo el Mayor sin desconcertarse, he visto que Ud. es joven, que toma un mal camino, y he creído un deber de conciencia venir a decírselo.

—¿De conciencia? Exclamó el joven a quien el militar hacia el efecto de un malvado; Ud. podía muy bien haberse evitado esta molestia, no recibo consejos de nadie.

—No lo sabía; pero ya que estoy aquí espero que Ud. no se negará a oírme, tanto más cuanto que mis consejos son gratis y Ud. no parece muy rico.

El Mayor pronunció estas últimas palabras con un acento risueño y sarcástico que hizo estremecerse al pobre joven.

—Vamos, se dijo sentándose, este malvado se ha propuesto venir a probar mi paciencia, y en verdad que hay en él una extraña fascinación que me hará oírlo hasta el fin.

Como no hiciera en alta voz ninguna objeción a sus palabras, el Mayor continuó:

—Señor de Aria, Ud. manifiesta demasiado interés por una joven a quien no me conviene que Ud. enamore. Soy bastante claro me parece. Si Ud. estima en algo la felicidad de su vida, renuncie Ud. a sus locos proyectos, siga sus estudios y recíbese de abogado. Me han dicho que Ud. es mozo de provecho. Por el otro camino Ud. se pierde.

—Yo puedo manifestar interés a quien se me antoje, replicó Juan impacientándose, y si Ud. no le conviene puede tomar sus medidas para impedírmelo: entretanto, caballero, añadió levantándose y tomando su sombrero, yo iba a salir; si Ud. tiene algo que decirme más tarde, ya sabe Ud. la casa.

—Joven, Ud. parece valiente; tanto mejor; pero no por eso eche mi consejo en saco roto. El camino que Ud.

ha tomado es sumamente resbaladizo: créame, mejor es abandonarlo.

Y el Mayor hizo ademán de irse; pero volviéndose de nuevo:

—Ah, dijo, una advertencia, señor de Aria: yo no aconsejo más que una sola vez.

Y tras esto, hizo a Juan un saludo lleno de amarga cortesía y salió meneando alegremente la cabeza.

—Este matamoros me parece hombre más para venganzas que para duelo, dijo el joven saliendo tras él y tomando la dirección de la iglesia.

—De todos modos, esa mirada fría y penetrante parece siempre un anuncio lúgubre, y mejor querría tener por enemigo a cualquier otro hombre que a este militar de mal agüero.

Y Juan, no obstante su valor y su alegría de joven, sentía un malestar vago e inquieto que en vano trataba de desechar con el recuerdo de su desconocida.

En la iglesia recorrió las naves a varias direcciones sin divisar a la niña.

—El día no está para goces, se dijo saliendo desconsolado; bien debía yo haberlo previsto cuando tuve por desayuno a ese Mefistófeles en traje de Mayor. Tal vez sea él su padre, su tutor o qué sé yo, y la habría prohibido la misa en esta iglesia.

Juan se sintió abrumado de pesar con esta nueva idea. Como todos los amantes, contaba solo con la felicidad, olvidándose de los obstáculos que podían impedírsela. También la hermosura de la joven cobró en su memoria proporciones

ideales con el temor de perderla, y todas las facetas de su nueva pasión se agitaron en su espíritu revestidas de la belleza mágica de los sueños. Su amor pasaba a ser un recuerdo. Juan suspiró desalentado; mas, bien pronto el impetuoso ardor de los años, venciendo todos sus temores, le hizo armarse de una resolución desesperada.

—Aun cuando debiera pasar sobre el vientre del Mayor, se dijo Juan, juro que he de saber si soy amado o no. ¿Con qué derecho me prohíben verla? La mujer, antes de amar, es como una mariposa que tiene el derecho de quemarse en la luz que más la fascina; contrariar su deseo es solo retardar la realización de su capricho...

En estas reflexiones se sintió tocar ligeramente el brazo, y al volverse reconoció a la mujer que, en los días anteriores, acompañaba a su desconocida.

—¿Ud. es el señor Juan de Aria? Preguntó la vieja.

—El mismo, mi buena señora.

—Entonces esta carta para Ud.: mañana a esta hora volveré aquí mismo por la contestación. Juan puso en manos de la vieja todo el dinero que contenían sus bolsillos y se alejó con su tesoro más contento que si llevara su título de licenciado.

La carta contenía solo las líneas siguientes:

«Las personas como yo condenadas al aislamiento, deben rechazar, en contestaciones como la que Ud. me pide, los subterfugios con que muchas mujeres disfrazan sus verdaderas inclinaciones. Desde ayer solo pienso en Ud.; ojalá su corazón sea tan sincero y noble como yo lo supongo: confío en su lealtad y discreción. Por algún tiempo al menos no podré salir a misa, pues hay quien espía todos mis pasos; ¿podré esperar que Ud. no se impacienta con estas contrariedades?».

—No, Julia, bien de mi vida, exclamó Juan loco de alegría, leyendo este nombre al pie de aquella carta. Mi vida entera te pertenece ya; yo sabré vencer los obstáculos que nos separan. Bien decía yo que su nombre debía ser dulce y amoroso como sus ojos.

El buen joven se olvidaba que el amor presta su armonía a los nombres más disparatados del calendario, así como convierte en adorables prendas los defectos de la persona querida. No que nosotros no pensemos lo mismo que Juan sobre el nombre de Julia y muchos otros que tienen su armonía propia y generalmente reconocida.

—Entretanto, se dijo el joven a la vigésima lectura de la carta y cuando los primeros transportes de alegría se hubieron calmado, ella no me dice si es soltera, viuda o casada.

Juan, amigo, eres de torpeza imperdonable, añadió: la virginal pureza de su frente, el casto rubor de sus mejillas, la diáfana inocencia de su mirada debían haberte ahorrado esta duda.

Y Juan decidió que su bella desconocida era soltera.

—Entretanto, pensó, soy amado, esto es lo principal del caso. Ah, si mi profesor fuese hombre capaz de comprender estas cosas, me dispensaría mis faltas de los últimos días; pero no hay que pensar en eso; las leyes tomarán el camino que se les antoje, que yo tomo desde ahora el de la felicidad.

Esta mágica palabra es el horizonte del porvenir, durante la primera mitad de la vida; en la segunda es el horizonte de los recuerdos.

Juan se hallaba en la primera y se creía dueño del mundo entero: el buen joven amaba y era amado: buscad otro paraíso más bello, y en los límites del mundo no lo encontraréis. Esta verdad hará tal vez sonreír de compasión a los millonarios que esperan el pingüe resultado de algún negocio. No importa, el origen de la humanidad de los desmiente y sus herederos son los únicos que se dolerían de los infortunios que pudiesen sobrevenirles, mientras que el sepulcro de Heloísa y Abelardo está cubierto de floridas coronas.

Los que han amado comprenderán la impaciencia con que Juan esperó la misa del día siguiente. En su contestación a Julia le pintaba su amor con todo el colorido de su entusiasmo y concluía por pedirle una entrevista.

La criada fue puntual a la cita y recibió la carta de Juan sin negarse a tomar el dinero que le pasó al mismo tiempo.

—Esta vieja está haciendo a mi sastre un mal incalculable, se dijo Juan, cuando la vio alejarse después de prometerle una contestación para el día siguiente. Cómo ha de ser, después vendrá el tiempo de las economías y de la enmienda: entretanto pensemos en ser feliz.

Hay seres privilegiados que poseen la facultad envidiable de reencontrarse en la felicidad presente, para vivir solo en ella, excluyendo toda idea enojosa que pueda por un instante empañar la alegría que han alcanzado. Por más que ellos parezcan pertenecer a la generalidad, son verdaderas excepciones de la regla común: el cuidado es un huésped tenaz que por todas partes nos importuna, paralizando nuestros labios cuando quieren prestarse a la risa.

Pero Juan era de los privilegiados: alegre de carácter, exclusivo por naturaleza y enemigo sistemático de los términos medios, olvidaba con singular facilidad sus deudas y sus deberes para entregarse a ese diálogo perenne que entablan los amantes con la sombra de su querida, cuando el destino los separa.

—Y el Mayor meneará la cabeza creyendo haber triunfado de nuestro amor, se decía Juan mientras caminaba a su cita con la criada; el espantoso militar olvida que impedir a una mujer que haga su voluntad es un problema como el del nudo gordiano en donde la astucia vale más que la fuerza.

—Y por cierto que el Mayor tiene trazas de hombre cruel, pero ninguna de astuto.

La contestación de Julia era tierna; ella ardía también en deseos de ver a su amante, de oír su voz decir «yo te amo» y las protestas de su eterna constancia; mas la idea de una

entrevista la hacía temblar; era más prudente aguardar tiempos mejores; la vigilancia de su padre no sería siempre tan rigurosa, y terminaba jurando una constancia a toda prueba.

Juan era hombre previsor, y esperando esta negativa había preparado una réplica reforzada con mil ingeniosos argumentos. Con el último resto de sus economías supo además interesar el celo de la criada y obtener de ella la promesa de todo su influjo para vencer los tímidos escrúpulos de la joven.

Por fin, al día siguiente la criada le designó el lugar a donde debía acudir aquella misma noche para ser conducido a casa de Julia.

Juan, durante aquel día, fue un optimista consumado: toda para él era bueno en este el mejor de los mundos.

VI

Llegada la hora de la cita, Juan se cubrió la cabeza con un fieltro gris que usaba en los viajes a su provincia natal y echó sobre sus hombros una vieja capa, aunque el verano estaba en toda su fuerza.

—Llegar sin capa a una cita, pensó el joven, sería lo mismo que asistir a un baile con levita de brin blanco so pretexto del calor.

Miróse al espejo después de embozarse y no pudo contener una sonrisa de satisfacción.

—Ni el mismo Mayor podrá reconocerme si me encuentra; tengo todo el aire de un conspirador de teatro.

Dicho todo esto se dirigió con paso apresurado al lugar de la cita.

Allí esperó; ¿qué amante no se anticipa en su primera cita? ¡Y cuántos se atrasan en las otras!

Pasados algunos momentos, una mujer se acercó al joven sin dirigirse a él directamente.

—Señor don Juan, dijo la mujer sin mirarlo.

—Aquí estoy, señora mía, contestó el joven avanzando hacia ella; Ud. parece mujer de militar por la puntualidad.

—Sígame Ud. y no hablemos, dijo en voz baja la mujer, pues bien pudiera ser que nos observasen.

La criada adelante y Juan tras ella, atravesaron varias calles hasta llegar a la casa del balcón.

Al subir la escala, Juan tuvo necesidad de pararse para respirar: estaba agitado como si hubiese corrido muchas cuadras.

—Y bien ¿por qué se para Ud.?, preguntó la criada.

—Vamos, se conoce que Ud. no ha tenido citas, dijo Juan, o que ha olvidado ya lo que en ellas pasa: me paro para tomar aliento; la emoción y la capa me hacen sudar a royos.

—Suba Ud. con confianza, le dijo ella, pues la casa está sola a estas horas; el patrón no vuelve más temprano.

Juan tomó la capa en el brazo y subió la escalera más tranquilizado.

La mujer se detuvo delante de una puerta y se entreabrió mostrándola al joven, quien no se hizo repetir dos veces la indicación.

Juan penetró en un pequeño salón amueblado con algunos restos de lujo. Julia acababa de dejar un libro en cuya lectura parecía estar ocupada. Su traje era sencillo y elegante: un vestido de muselina cerrado con una cinta al cuello. Esta sencillez hacía resaltar la belleza de su rostro y la gracia delicada de su cuerpo.

—Ah, Julia, dijo el joven contemplándola con admiración; si Ud. supiese cuánto he suspirado por este instante, no se habría negado tanto a concedérmelo.

—¿Podía yo estar segura de su amor?, ¿lo estoy acaso en este instante?

—Es cierto que yo no tengo más prueba que mis juramentos y la verdad de mi amor, que es tan profundo, que apenas concibo cómo se pueda dudar de él.

Julia iba a hablar y la voz se paralizó en sus labios, al mismo tiempo que su rostro se puso espantosamente lívido.

—¿Qué tiene Ud.? Dijo el joven con mortal inquietud.

—He oído abrir la puerta de entrada, contestó ella.

Y en efecto, en el mismo instante se oyó el sonido de una llave y después el golpe de una puerta que se cerraba.

—Ocúltese Ud. aquí, dijo Julia, conduciendo al joven a un pequeño gabinete contiguo a la pieza en donde se encontraban. —Volveré aunque sea al amanecer.

Y empujó al consternado joven, cerrando tras él la puerta con vidriera que servía de entrada al gabinete.

Juan, a quien el tiempo de reflexionar había faltado, se acercó temblando a la puerta y apartó un poco la cortina que cubría la vidriera para adivinar la causa de la inesperada turbación de la joven. Vio a Julia leyendo al lado de la mesa en el libro que acababa de dejar, y un momento después al terrible Mayor, acompañado del hombre con quien días antes lo había visto pasearse en el balcón.

—¡Ah, siempre este hombre fatal! Se dijo Juan sintiéndose asaltado el espíritu de todas sus supersticiones sobre el Mayor.

El otro hombre se acercó a Julia y la besó en la frente.

—Hija mía, le dijo, retírate a tu cuarto: tenemos que hablar con el Mayor de asuntos importantes.

—Y tal vez conciernan a Ud., dijo el militar, tratando de tomar a Julia una mano, que esta retiró vivamente.

—¡Malvado! Murmuró Juan empuñando las manos con furor.

—Mándame a Paula, dijo a la niña su padre.

Julia se retiró y los dos hombres se sentaron frente a frente, al lado de la mesa, en donde la luz de dos bujías iluminaba todas sus facciones.

Las del padre de la niña acusaban la misma inquietud y abatimiento que Juan había notado la primera vez que lo vio, mientras que las del Mayor formaban un conjunto rechazante, que era puesto en mayor relieve por la diabólica alegría de su mirada.

La vieja criada se presentó a la puerta del salón.

—Trae agua y coñac, dijo el padre de Julia, mirando las luces con ojos melancólicos.

Cuando la vieja se hubo retirado, después de dejar sobre la mesa una botella de agua y otra de coñac, el padre de Julia llenó los dos vasos, y después de hacerse un ligero saludo, ambos apuraron de un solo aliento más de la mitad de su contenido.

—Ahora, dijo el Mayor encendiendo un grueso cigarro, trataremos de nuestro asunto si a Ud. le parece, señor don Leandro.

El interpelado bebió el resto del vaso y miró al Mayor con ojos suplicantes.

—Ud. sabe mis pretensiones, dijo después de guardar silencio durante algunos momentos; espero que Ud. tenga la generosidad de prolongarme el plazo para pagarle los diez mil pesos que Ud. me ha ganado.

—La única dificultad que tengo para ello, mi señor don Leandro, contestó el Mayor, es que necesito absolutamente de ese dinero.

—Por ahora carezco de esa suma y tal vez me rehaga en poco tiempo, pues la suerte, que hasta aquí me ha sido fatal, puede mejorarse.

—Ud. puede pagarme sin necesidad de desembolsar un solo real, dijo el Mayor, con una mirada que heló la sangre de Juan, que no perdía un solo movimiento de los interlocutores de aquella escena.

—¿Y cómo? —preguntó el infeliz D. Leandro, en cuyo rostro brilló un rayo de esperanza.

—¡Ud. me lo pregunta!, prosiguió el Mayor llenando los vasos, ¡y se olvida del tesoro que Ud. tiene encerrado en esta casa!

—¡Julia!, exclamó aterrado D. Leandro, ¡es mi única familia, un ángel!

Y al decir esto sus ojos se llenaron de lágrimas.

Juan escuchaba en una terrible ansiedad.

—Sí, dijo el Mayor saboreando su bebida, esa es también mi opinión y por eso deseo su felicidad. Si Ud. quiere verse libre de su deuda, puede hacerlo con dos palabras, y Julia será mi mujer.

—No, nunca tendría valor para sacrificarla, exclamó D. Leandro.

Juan hubiera querido arrojarse en sus brazos y bendecirlo por aquella respuesta.

—Comienzo a creer que Ud. no está en su juicio, mi buen hombre, dijo el militar con su sonrisa que equivalía a una amenaza. Ud. no piensa en lo que habla, por vida de Cristo, cuando llama esto un sacrificio.

—Vea Ud, dijo D. Leandro, buscando en el licor la energía que le faltaba, yo he sido muy desgraciado.

—Bah, quien no ha tenido sus pesares; tanta más razón para aceptar la felicidad que yo le ofrezco, amigo mío.

—Yo vivía feliz con mi mujer y dos hijos, y Dios me los ha quitado.

Don Leandro, exaltado por el coñac, no se daba el trabajo de ocultar sus lágrimas que corrían quemantes sobre sus pálidas mejillas, mientras el Mayor se entretenía en observar el humo del cigarro.

—Mi mujer, prosiguió D. Leandro, recogió a esta pobre criatura cuando apenas tenía tres meses.

—¿Qué criatura?, preguntó el Mayor sin darse el trabajo de mirar a D. Leandro.

—Julia, contestó este, es hija de una amiga nuestra que murió al darla a luz. —¡Ah! ¡Es una historia bien triste!

—Pasemos sobre ella, dijo el Mayor, no quiero enternerme, con mil demonios; bastante he llorado cuando niño; ya no tengo lágrimas.

—A la muerte de mi mujer y mis pobres hijos, prosiguió D. Leandro, todos mis afectos debieron concentrarse sobre ella; mas el pesar me vencía, y no obstante los cuidados de Julia, su amor y sus caricias, yo sentía que el sentimiento me robaba poco a poco la razón; hasta que un día Ud., Mayor, me llevó a esa maldita casa de juego.

—Quéjese Ud. porque le procuré una distracción, dijo el Mayor; desde entonces Ud. es otro hombre y ha engordado visiblemente.

—Allí Ud., noche a noche, me ha ganado cuanto tenía.

—Es decir, amigo, que la suerte le ha soplado mal.

—Y ahora quiere Ud. que le sacrifique al único ser que me ha consolado en mi desgracia: ¡oh, nunca, nunca!

Y aquel hombre, agobiado por el esfuerzo de voluntad que había hecho, dejó caer sobre las manos su cabeza abrasada por los vapores del licor.

Aquella lucha de dos hombres casi ebrios disputándose el corazón de una pobre niña, tenía algo de horrible que habría hecho estremecer de compasión y de horror al ser más impasible. Juan, que veía en ella comprometidos su felicidad y su amor, temblaba como un reo que oye la lectura de su sentencia.

—Cálmese Ud., mi buen amigo, dijo el Mayor, contemplando la aflicción de D. Leandro con imperturbable sangre fría. Con mil diablos, yo soy mejor que lo que Ud. piensa; pero, Dios me confunda si comprendo la causa de su tristeza. ¿Ud. ama a la niña como un padre, no es verdad?

—Con toda mi alma; ella es toda mi familia.

—Y Ud. se aflige porque yo le brindo la felicidad de su hija y su propia tranquilidad.

—Dejarla libre de elegir un marido, era lo único con que podía pagar su ternura, y Ud. me pide que violente su voluntad, casándola con un hombre a quien no ama.

—El amor se cría y nadie ha dicho que sea la condición indispensable del matrimonio.

El Mayor pronunció estas palabras con su sarcástico movimiento de cabeza, y dejando caer sobre D. Leandro la mirada del león sobre su presa:

—En fin, añadió levantándose, se hace tarde y necesito una respuesta terminante.

Don Leandro bebió un nuevo vaso de coñac y miró resueltamente al Mayor.

—Me dará Ud. ocho días para responder, contestó con voz firme.

—Ni una hora.

—Pues Ud. hará lo que le convenga, dijo D. Leandro, llenando nuevamente su vaso.

—Muy bien, exclamó el Mayor parándose delante de él; mañana dormirá Ud. en la cárcel y su hija quedará abandonada.

Los ojos de D. Leandro se abrieron con espanto.

—Y lo que Ud. no quiere conceder, continuó el Mayor, se obtendrá por la violencia.

—No, piedad, piedad, gritó el infeliz cayendo de rodillas.

—Piénselo Ud., es mi última palabra.

—Será con una condición, dijo tímidamente el padre de Julia.

—¿Cuál?

—Que Ud. la constituya un dote de veinte mil pesos.

—Convenido, dijo el Mayor; Ud. debía haber comenzado por esto. Así, mañana se principiarán las diligencias, y en ocho días más me entrega Ud. la niña y yo el documento.

—Bien —dijo D. Leandro con voz apagada.

—Hasta mañana entonces, dijo el Mayor, y trate Ud. que no sea preciso repetir esta escena: yo aborrezco los llantos y las súplicas, que me irritan lejos de conmovirme.

Y después de estas palabras, salió apoyando la mano derecha sobre el puño de su larga espada.

Don Leandro dejó caer la barba sobre el pecho y quedó inmóvil durante algunos instantes; luego levantándose:

—Vamos, dijo, aun hay una esperanza: con doscientos pesos que me quedan podré tal vez ganar esa suma y comprar la libertad de mi hija.

Llamó a la criada, dio orden de cerrar las puertas y bajó precipitadamente la escalera.

VII

Por algunos instantes todas las habitaciones de la casa quedaron en un profundo silencio.

Juan, aterrado con el pacto que acababa de oír ajustar, pacto que daba un golpe funesto a sus más queridas esperanzas, permanecía inmóvil, apoyado a la puerta del gabinete y lleno el espíritu de mil temerarios proyectos.

Julia abrió la puerta, sacándolo de su angustiosa meditación. —Los ojos de la niña estaban bañados en lágrimas.

—¿Ud. ha oído lo que aquí se decía?, preguntó Juan con acento que la emoción hacia inseguro.

Julia bajó tristemente la cabeza sin responder.

—Julia, exclamó el joven tomando la temblorosa mano de la niña. ¿Ud. ama a ese hombre?

—¡Oh!, murmuró ella cubriéndose el rostro con horror, ¡me causa espanto!

—¿Y se resigna Ud. a sacrificarse para servir de pago a una deuda de juego?

—¿Y qué puedo hacer?, dijo ella alzando sobre Juan sus anegados ojos.

—Hace un momento, replicó el joven, yo me quejaba de no poder probarla mi amor; pues bien, Julia, esta circunstancia fatal viene ahora a ofrecerme la ocasión de hacerlo: disponga Ud. de mí, de mi vida entera como de algo que exclusivamente la pertenece.

—Pero Ud. mismo, Juan, contestó Julia con voz llena de dulzura, ¿qué puede Ud. hacer por mí? Ud. no me ha ocultado en sus cartas que es pobre y sin apoyo.

—Es cierto, dijo Juan, soy pobre, no tengo apoyo alguno en el mundo; pero tengo mi amor.

Juan se hallaba aun en esa edad feliz en que el hombre cree a ciegas que el amor es un poder irresistible, con el cual se vencen todos los obstáculos materiales de la vida.

—Si Ud. me ama, prosiguió él, ¿por qué no une su suerte con la mía? ¿Por qué no acepta Ud. mi vida, mi amor eterno e inmutable en lugar de resignarse a ese sacrificio horrible a que quieren condernarla un malvado y un hombre sin energía y sin razón? Piense Ud. además que ese sacrificio será estéril, aunque le cueste a Ud. toda su existencia, pues su padre ha jugado ya toda su fortuna, y volverá a jugar cuando se encuentre libre de su deuda: entonces, no teniendo ya a quien inmolar para satisfacer su vicio, inmolará su honor y se hará falsificador, bandido, malvado como el hombre que acaba de comprarla a Ud. hace un momento.

Julia ocultó su rostro entre sus manos y por algunos instantes solo se oyeron sus ahogados sollozos. Juan, entretanto, la contemplaba con una mezcla de amor y desesperación imposibles de describirse.

El llanto de la mujer amada es para los corazones jóvenes el más horrible suplicio: sus ojos también se nublaron de llanto, que el joven no se tomó el trabajo de enjugar.

—Julia, dijo por fin, los momentos pasan y es necesario tomar una resolución.

—¡Y qué puedo hacer, Dios mío!, exclamó la niña levantando al cielo sus ojos suplicantes.

—Huir conmigo, dijo Juan; mi vida es de Ud. y en vez de un sacrificio miserable, me hará Ud. el más feliz de los hombres.

—¡Huir!, dijo Julia con espanto.

—¡Ah! ¡Ud. me desprecia, Ud. prefiere entregarse a ese hombre, Julia! ¡Julia, Ud. no me ama!

Y el joven se dirigió con precipitación hacia la puerta. Julia se arrojó entre esta y Juan impidiéndole la salida.

—No, dijo enjugando su llanto, yo no permitiré que Ud. salga de aquí con esa creencia; yo podría tal vez resistir a mi horrenda desgracia; pero aborrecida o despreciada por Ud., Juan, siento que no podría vivir.

—¿Y entonces, preguntó él, por qué se niega Ud. a huir?

—Juan, Ud. me propone abandonar a mi bienhechor, a mi padre, cuando todas las desgracias se desploman sobre su cabeza; ¿quién podría disculparme jamás?

—Todos, Julia mía, dijo Juan haciéndola sentarse y colocándose a su lado, todos; porque es huir de la prostitución el no vender su pureza por una infamante cantidad de oro, aun cuando Ud. sea impulsada por nobles sentimientos, si sabe que estos a nadie aprovecharán. Mientras si Ud. consiente en venir conmigo, Julia, Ud. será respetada como un sagrado depósito, yo seré su hermano, hasta que llegando al lado de mis padres, pueda darle el dulce nombre de esposa. Allí viviremos oscuros, pobres tal vez; pero nos amaremos tanto, que nuestra vida será venturosa como un sueño feliz.

La niña escuchaba a Juan, queriendo encontrar en sus palabras la fuerza que le faltaban para decidirse. Juan viéndola vacilar preguntó:

—Julia, ¿me ama Ud.?

—Sí, contestó ella, más que a mi vida.

—Pues entonces no me moveré de aquí hasta que haya disuadido a su padre de cumplir un compromiso que ha hecho sin su voluntad y sin su razón, y en último caso esperaré a ese Mayor que pretende hacerse obedecer a su antojo.

—Juan, exclamó la niña arrojándose a sus pies, por Dios, parta Ud., déjeme cumplir con un deber sagrado; olvide mi amor y busque la felicidad en el mundo. Ud. es joven y hallará mil mujeres que lo amen con orgullo; ¿por qué quiere Ud. sacrificarse a mi desgracia?

—No, dijo él, mi resolución está tomada; Ud. no será nunca de ese hombre mientras yo tenga un resto de vida: aquí lo esperaré.

—Pues bien, huiré con Ud., dijo Julia levantándose.

—Ah, exclamó Juan lleno de alegría, ahora soy feliz, Julia, porque creo en su amor.

En ese instante las campanas de las iglesias vecinas tocaban las doce y media.

Julia hizo los preparativos de su viaje en un momento, alentada por el joven que no dejaba desmayar su resolución.

VIII

A las cuatro de la tarde del siguiente día, Julia y Juan salían de la ciudad en una diligencia que debía llevarlos a la provincia donde residía la familia de nuestro héroe.

En aquel mismo día los periódicos publicaban en la crónica local el párrafo siguiente:

«Horrible asesinato. El señor don Leandro Gálvez, honrado comerciante de esta capital, ha sido encontrado esta mañana cubierto de heridas en su propia habitación, por un amigo que tenía cita con él a las nueve del día de hoy. La criada y una hija adoptiva del Sr. Gálvez, únicas personas que habitaban la casa, han desaparecido y solo se ha encontrado un puñal junto al cadáver del occiso. La policía hace las más activas diligencias para tomar a los que se presumen autores de este monstruoso atentado».

—Mañana, Julia, decía Juan a la niña cuando la diligencia salvaba los límites de la ciudad, cesarán todas nuestras inquietudes y Ud. será mi esposa ante Dios y los hombres.

El Mayor, entretanto, se había puesto a la cabeza de la policía para descubrir a los autores del asesinato de D. Leandro Gálvez, según él, su amigo más querido y de cuya pérdida nunca podría consolarse.

IX

La experiencia se compone de una serie de desengaños de los cuales el primero se pierde en las nieblas de la infancia y el último jamás en vida lo alcanzamos. Por eso es que el hombre se vuelve precavido y tímido a medida que avanza en la existencia.

Pero Juan y Julia habían vivido poco, y entregados a su amor, olvidaban alegres el pasado para mirar sin zozobra el porvenir.

Además, el campo de los proyectos felices es inmenso, como saben los que aman o han amado, de manera que nuestros dos amantes tenían sobrada materia de conversación, para ocuparse de otra cosa que de las consecuencias de su fuga. Caminaban, pues, contentos y confiados, sin sentir el frío ni el calor, el cansancio ni el polvo del camino, inconvenientes que solo molestan a los que viajan por gusto o por negocios; pero jamás a los que viajan por amor. Veían también, al paso, campos verdes y risueños, y el campo despierta siempre alegría en las almas jóvenes y felices. Cada bosque de árboles era saludado por ellos con infantil sorpresa, cada cabaña rústica sería un edén si ellos hubiesen podido habitarla. —El amor es fresco y alegre en su mañana, su sol lo ilumina todo a través de la ilusión; todo canta, todo sonrío, todo es entonces diáfano y puro como esa ilusión que le presta su pasajera poesía: después, en la tarde... pero Juan y Julia ape-

nas se hallaban en la mañana, aunque esta tenía algo de tropical por la intensidad de su ardor.

Los jóvenes fueron llamados a la vida real por un ruido de voces, que no era el de los postillones, animando a sus caballos.

—Alto ese carruaje, gritó una voz que hizo estremecerse a los dos enamorados.

La diligencia se detuvo, obedeciendo a este imperioso mandato. Juan sacó la cabeza por la ventana del coche y vio que estaban rodeados de gente armada.

Al mismo tiempo Julia daba un grito arrojándose al fondo del carruaje. ¡Había visto al terrible Mayor, con espada en mano, avanzarse hacia la ventana por donde ella miraba!

—Vamos, mi hermosa fugitiva, dijo el Mayor, parece que Ud. con toda su inocencia sabe hacer las cosas en regla.

—Caballero, ¿qué pretende Ud.?, preguntó Juan abriendo la puerta del coche y bajando a tierra con ligereza.

—Una cosa muy sencilla, señor de Aria, contestó el militar con su infalible sonrisa; quiero que Uds. vuelvan a andar el camino que han hecho, y escoltados por nosotros. Ya ve Ud. que no puedo ser más galante.

—¿Y con qué derecho pretende Ud. oponerse a nuestra marcha?

—En primer lugar con el que me da esta orden, y en seguida con el derecho más antiguo del mundo: el derecho de la fuerza.

Y el Mayor mostró una orden, firmada por el juez del crimen de la ciudad, que lo facultaba para arrestar a Julia en cualquier parte que fuese encontrada y conducirla a la cárcel.

—Y Ud., como cómplice, marchará también con nosotros, continuó el Mayor.

—Malvado, exclamó Juan ciego de cólera, arrojándose sobre el Mayor.

Ese hizo una señal sin inmutarse en nada, y los hombres que lo acompañaban se apoderaron de Juan, quitándole todo movimiento.

—Señor de Aria, volvió a decir el Mayor con su burlesca sonrisa, ya ve Ud. que era mejor haber seguido mis consejos. Créame, yo soy hombre de experiencia y le aseguro que Ud. está gastando su valor con mucha irreflexión; guárdelo Ud. para más tarde, tal vez necesite de él. El Mayor acompañó estas últimas palabras con una extraña entonación de voz, que resonó lúgubrementemente en los oídos del joven.

—Ud. tiene fuerza y puede burlarse de mí, dijo este; bien se ve que Ud. se da prisa en ahorrar su valor si es que lo tiene; pues lo que Ud. hace en este momento es propio de un cobarde bien infame.

—Mi opinión es que estamos perdiendo el tiempo, Sr. de Aria, replicó el Mayor como si no hubiese oído los insultos del joven, pues ya hemos tenido el suficiente para descansar. Empezaremos pues la retirada con una ligera modificación: Ud. y yo cambiaremos de lugar, pues Ud. tomará mi caballo, un excelente animal que estoy seguro le parecerá magnífico, y yo, que a la verdad me siento un poco cansado, ocuparé su asiento al lado de esta inocente criatura.

Juan, que no había imaginado este nuevo golpe, sintió flaquear todas sus fuerzas. En este momento Julia se dejó caer del carruaje y se asió del cuello del joven.

—Mátenos Ud. más joven —exclamó—, pues será la única manera de llevar a cabo su plan infernal.

Mas la pobre niña no contaba con la fuerza de veinte hombres, que a un gesto del Mayor le arrancaron de los brazos de Juan arrojándola en el coche.

Al cabo de algunos instantes la marcha se emprendió como el Mayor lo había dispuesto. En aquella misma noche, las puertas de la cárcel se abrieron para dar paso a esta comitiva que penetró silenciosamente en el lúgubre edificio.

X

Los dos jóvenes atribuían hasta entonces a la fuga el motivo de su prisión: ambos ignoraban las tenebrosas tramas del Mayor urdidas sobre la muerte de D. Leandro. Por orden del juez habían sido colocados en distintos calabozos y sometidos a una severa vigilancia.

Julia se había arrojado de rodillas sobre el suelo del cuarto que la servía de prisión, y allí había implorado toda la noche la protección del cielo. ¡Cuán pronto se habían desvanecido sus bellos proyectos del día! Su amor, las tiernas palabras de Juan, todo le pareció un sueño. ¡Su prisión misma la creía por momentos una horrible pesadilla!

Juan, por su parte, no acertaba a explicarse las causas de su vigilancia que con ellos se desplegaba.

—Robarse una niña, se decía el joven, no me parece un crimen tan horrendo que merezca la severidad con que se nos trata. Aquí está la mano del Mayor; pero triunfamos de su genio infernal. Si hay justicia, me obligarán a casarme con Julia y seremos felices...

El sueño cortó sus proyectos venturosos. Juan tenía, como hemos dicho ya, la facultad de olvidarse de los pesares presentes para divisar solo las dichas del porvenir: tenía veinte y cinco años y aun en su prisión el porvenir le parecía risueño.

Al día siguiente la noticia del apresamiento de los jóvenes se había esparcido por toda la ciudad y los periódicos referían los detalles del suceso, encomiando el celo y perspicacia del Mayor.

Dos días después los debates se abrían en medio de un inmenso gentío, ávido de conocer a aquellos dos jóvenes a quienes todas las apariencias acusaban de la misteriosa muerte de D. Leandro.

Julia había sido colocada en un banco, junto al cual se hallaba su defensor. El rostro de la pobre niña acusaba todas las angustias de aquellos dos días de horrendo suplicio: hubiérase dicho que su vida pendía de los ojos de Juan, de los cuales los suyos no se apartaban un instante, secos, escaldados ya por el llanto de dos días, sin una sola lágrima que humedeciese el ardor de sus párpados. Al mirarla tan bella todos habrían jurado por su inocencia.

Juan se hallaba sobre otro banco rodeado de su viejo padre y sus dos hermanas que lloraban desesperados. Los frescos colores habían desaparecido de las mejillas del joven; sus ojos, que también buscaban la vida en los de Julia, estaban abatidos por una melancolía abrumadora, y su activa frente se inclinaba pálida sobre el pecho, como la de un hombre que confía a Dios su destino o se abandona a la fatalidad de su estrella.

Nosotros renunciaremos a describir una a una las peripecias de aquel drama funesto, en que la inocencia de los acusados se estrellaba contra las numerosas pruebas acumuladas por el Mayor para perderlos.

Entre los testigos, el único que no había sido comprado por el implacable Mayor, declaró haberse estado vistiendo al amanecer del día del asesinato, en su cuarto, que se hallaba al frente de la casa de D. Leandro. Su atención había sido llamada por un fuerte ruido que salía de esa casa, y bien que las sombras de la noche no le permitían ver con distinción los objetos, había divisado por su ventana, después que el ruido de voces había cesado, abrirse la puerta de la casa y salir de ella dos personas, de las cuales la una parecía un hombre encapado y con un sombrero de anchas alas y la otra una mujer, a juzgar por su vestido y estatura.

Esta declaración, comparada con la exposición que Juan y la niña habían hecho de su fuga, parecía confirmar en todo la de los testigos comprados por el Mayor, los que aseguraban haber visto salir a los jóvenes de casa de D. Leandro al amanecer del día del asesinato.

Por otra parte, Paula, la criada de D. Leandro, había desaparecido.

Los días concedidos para la prueba por testigos trascurrieron sin que la familia de Juan ni los numerosos interesados por su causa hubiesen podido presentar una sola persona que desmintiese los hechos probados hasta la evidencia por el Mayor.

El abogado de los jóvenes desplegó en vano todos los recursos de la elocuencia: las pruebas eran aterradoras y los jueves se retiraron para fallar, dejando a la multitud que se apiñaba en la sala de los debates entregada a una horrible agitación.

Al cabo de cortos instantes los jueces ocuparon de nuevo sus asientos, en medio de un profundo silencio.

Entonces se leyó la sentencia de los acusados: esta los condenaba a muerte por unanimidad de votos.

Julia y Juan se miraron como dándose el último adiós y despidiéndose para reunirse en el cielo, último refugio de los inocentes; pero sus labios no pronunciaron una sola palabra, ni brotó de sus ojos una sola lágrima. Dos gemidos se oyeron al terminar la lectura de la sentencia, y las tristes hermanas del joven cayeron sin sentido en brazos de su angustiado padre, que alzó su vista al cielo pidiendo la compasión que los hombres no podían darle sobre la tierra.

XI

Los reos fueron puestos en capilla después de la notificación de la fatal sentencia, y los religiosos encargados de prepararlos al último suplicio vinieron a consolar con promesas del cielo a aquellas dos almas ligadas aún a la tierra por su juventud, por su amor y su inocencia. Sus palabras de religión fueron desoídas, sus consuelos fueron desechados con llanto; la lejana música de terrenales esperanzas resonaba aún con poderosa armonía en sus enamorados corazones, y éralles imposible, tan jóvenes y amantes, desprenderse de la tierra, cuando a dos pasos del camino andado divisaban alzarse lozanas las flores gallardas de su pasión primera.

Además, entregados a solitaria meditación y puestos frente a frente de sus conciencias, los dos jóvenes divisaron su vida pasada, límpida y serena como un cielo de estío: nada tenían de que arrepentirse, nada que les hiciese mirar como un castigo el rigor tirano de la suerte; y hallándose sin remordimientos, faltábales la conformidad que la religión les aconsejaba: ¡solo podían desesperarse y llorar!

Los amigos de Juan despleaban, en tanto, toda la actividad y recursos de que podían disponer para descubrir el paradero de la criada, la única tal vez que podría explicar la misteriosa muerte de D. Leandro; mas todos sus esfuerzos amenazaban ser completamente estériles, porque el día de la

ejecución había llegado y hasta entonces las pesquisas habían sido infructuosas.

En la mañana de aquel día los dos jóvenes obtuvieron la gracia de una entrevista privada antes del suplicio, y Juan, conducido por guardias y acompañado por su padre y sus hermanas, fue llevado a la prisión de la niña.

Julia tuvo apenas la fuerza suficiente para arrojarle en brazos de su infeliz amante: quiso hablar y la voz se anudó en su garganta, mientras que un torrente de lágrimas rodó por las mejillas lívidas que el pesar había espantosamente descarnado.

Los testigos de aquella desgarradora escena se apartaron consternados del grupo que los dos jóvenes formaban, y ahogaron mal en sus pechos los dolorosos suspiros que ella les arrancó.

—Julia, mi amor, mi pobre adorada, exclamó Juan besándola en la frente y dejando también correr su llanto, qué importa morir si Dios conoce nuestra inocencia y sabrá reu-nirnos en su cielo.

El padre y las dos hermanas del joven se habían retirado a uno de los ángulos de la pieza y allí rezaban arrodillados.

—Juan, dijo Julia besando con delirio la pálida frente de su amante, perdón, yo te he arrastrado a este abismo. ¡Dios mío, en qué pude ofenderos!

Y los sollozos ahogaron de nuevo su voz, que debilitada ya por el ayuno y las lágrimas de tantos días, solo fue oída por el joven como una música lejana y melancólica.

—Y tú crees que podría vivir sin ti, replicó Juan estrechándose con pasión, ¿tú crees que podría mirarte verter una

lágrima y no desear enjuagarla a costa de mi vida? No, alma mía; mi más horrendo suplicio habría sido no poder seguir tu suerte, que es la mía, ya lo ves, puesto que el cielo ha querido unirnos con el mismo amor y llamarnos ante Dios por el mismo martirio.

—Sí, hálbame de este modo, así, consolándome; porque no tengo fuerzas, Juan, murmuró la niña, y ¿quién otro sino tú podrías dárme las? Además, mi adorado, añadió estrechándose al pecho del joven, tengo miedo, oh, mucho miedo: ¡recibir la muerte cuando creía vivir tantos años al lado tuyo! ¡Ah, esta idea sola me hará morir antes del término fijado!

En este momento se oyó gran ruido de voces al exterior de la prisión.

—¡Cómo! ¡tan pronto!, exclamó Juan creyendo la llegada la hora fatal.

Julia lo apretó contra su seno como una madre que cree van a arrebatarle a su hijo.

Un joven de los amigos de Juan se presentó a la puerta, y agitando el sombrero:

—Estáis salvados, gritó; hemos encontrado a la criada, a quien condujimos con la gente que la ocultaba por orden de ese Mayor de Satanás.

—Se ha decretado la prisión del Mayor, dijo otra voz más atrás, y se ha mandado suspender la ejecución; estáis salvados.

El padre y las hermanas de Juan se arrojaron a la puerta, cubriendo de lágrimas las manos de los que acababan de hablar, mientras que Juan sintió sobre sus brazos todo el peso de la niña, que se dejó caer en ellos desfalleciente.

—¡Ay!, exclamó Julia con voz apagada; por un momento creía ya haber salido de este mundo, y veo que el placer me hiere tan funestamente como el miedo.

Estas últimas palabras, pronunciadas con esfuerzo, fueron seguidas de un movimiento convulsivo, después del cual la bella cabeza de la niña cayó como sin vida sobre el hombro de Juan.

—Socorro, por Dios, socorro, gritó él sintiendo un hielo mortal discurrir por la frente de Julia.

Todos acudieron en derredor suyo: Julia abrió nuevamente los ojos, miró a todos como si despertase de un sueño y volvió a dejar caer la frente sobre el hombro de Juan, como un niño vencido por el sueño.

—Julia, seremos felices, le dijo Juan, nuestra inocencia será reconocida ahora; ya ves que el cielo no nos abandona.

—Mi pobre Juan, contestó ella sin alzar la frente; no sé si yo pueda sobrevivir a tan violenta e inesperada alegría; con ella sentí un hielo como si la muerte se hubiese apoderado de mí y tengo menos fuerzas que antes.

Una cama fue al momento improvisada en la misma prisión, y Juan colocó a la niña sobre ella, poniéndose de rodillas a su cabecera. Los amigos del joven habían corrido en busca de médicos, que fueron inmediatamente introducidos.

Julia llamó al padre y a las hermanas de Juan.

—Es mi único amor sobre la tierra, les dije mostrando a Juan que cubría su rostro con desesperación, y si muero, sé que no podrá sobrevivirme largo tiempo, porque me ama.

Juan besó su frente con delirio y se arrojó en brazos de su padre ahogando sus sollozos.

Todos los cuidados de los médicos fueron inútiles: el dolor y la alegría se habían chocado con tal violencia en su naturaleza débil y extenuada, que la vida de la pobre niña se fue extinguiendo por grados en brazos de su amante.

Pocos días después había dejado de existir.

La causa, entretanto, fue nuevamente principiada: las personas tomadas con la vieja criada de D. Leandro, declararon que el Mayor había conducido a aquella mujer en la misma mañana del asesinato, pagándoles para ocultarla.

Paula, por su parte, declaró que su amo había llegado a la casa después de la fuga de los jóvenes. Su rostro, dijo ella, manifestaba una gran alegría, y al entrar le había dicho: «Mi hija será libre», palabras cuyo significado ella no pudo comprender. Dijo que una hora antes de amanecer, el Mayor se había presentado y su patrón le había ofrecido diez mil pesos por un documento que aquel se negó a entregar: una lucha se había trabado entre ambos, y antes que ella hubiese tenido tiempo de pedir auxilio, su amo caía bajo el puñal del Mayor, quien había buscado a Julia por toda la casa, y después de apoderarse de los papeles de D. Leandro, la había obligado a seguirlo y puéstola bajo la custodia de las personas prendidas con ella.

Poco tiempo después el Mayor fue condenado a prisión perpetua.

Tal es, lector, la historia de Juan de Aria, bachiller en leyes. Su vida, comenzada apenas, se agostó con el primer choque del dolor, y su alma fue después la tumba de su primera alegría. La predicción de Julia se realizó bien pronto. ¡Juan solo sobrevivió un año a la muerte de su querida!

Pero los hombres de su temple, según general opinión, no son de nuestros tiempos: ahora, dicen, el consuelo tiende muy pronto la mano al sentimiento. De manera que Juan era una excepción; la pérdida de su primer amor no fue el pedestal que le sirvió para escalar otros nuevos: como los guerreros espartanos, se cubrió con él como con un escudo, y cayó herido por el dolor, este infatigable campeón en la guerra de la vida.

Diciembre 3 de 1857

ALBERTO BLEST GANA


(1830 - 1920)

Fue un novelista y diplomático chileno. Inició sus estudios en el Instituto Nacional, luego fue transferido a la Escuela Militar. En 1847 parte rumbo a Francia para perfeccionar sus estudios militares. En el país europeo decide dedicarse a la literatura.

En esta época comenzó a publicar colaboraciones en el periódico literario *El Museo*. Escribió poemas, artículos de costumbres (firmados con el seudónimo de Abejé) y el folletín *Una escena social* (1853), lo que sería su primera novela.

En 1855, a la edad de 25, renunció al ejército para dedicarse por completo a las letras. Ese mismo año publicó en la Revista de Santiago sus novelas *Engaños y desengaños* y *Los desposados*. En 1858 entrega *El primer amor*, *La fascinación* y *Juan de Aria*, además de su obra teatral *El jefe de familia*. En 1860 publica *La aritmética del amor*.

En 1862 publica *Martín Rivas* y las novelas cortas *Mariluán*, *Un drama en el campo* y *La venganza*. En 1863 publica *El ideal de un calavera* y al año siguiente publicó *La flor de la higuera*. En 1897 publicó *Durante la Reconquista*. Continúa publicando en 1904 los dos extensos tomos de *Los trasplantados*. En 1909 publica *El loco estero*. Su esposa muere en 1911 y a ella dedica, al año siguiente, su última novela *Gladys Fairfield*.



Juan de Aria, de Alberto Blest Gana, es la segunda publicación de CERRO EDICIONES y el primer título de su colección Rescate. Este libro en su versión digital se terminó de editar y diseñar en octubre de 2022. Se usaron las tipografías Alegreya, Alegreya Sans y Montserrat.